

EXTRANOS HOMICIDIOS



JOAN FRANCESC LINO



© 2007. Juan Frances Lino. Todos los derechos reservados

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

www.ittakus.com



Extraños homicidios

Raquel se levantó empapada de sudor, con palpitaciones y el rostro desencajado. La pesadilla había sido terrorífica. Había visto un asesinato en primer plano, y a pesar de ser policía en la vida real, en el sueño apenas intervino para impedirlo. Aquella habitación tenebrosa, de paredes manchadas de sangre, de muebles rotos por un vendaval de violencia, rodeada por una atmósfera de estremecedor eco producido por la víctima, que imploró auxilio durante más de media hora agónica, le habían hecho pasar la peor noche de su vida.

Con gran dificultad, dada la escasa coordinación entre su mente y su cuerpo, consiguió a trompicones llegar hasta el cuarto de baño y lavarse la cara con agua fría para despejar su enturbiada mente. Con la mirada perdida frente al espejo, intentó recordar de nuevo las imágenes tan escalofriantes. No por martirizarse más, sino para encontrar la lógica de aquél crimen.

Aunque todo era un sueño, y era consciente de ello, le costaba seguir en el momento que se adentraba en el pasillo largo y estrecho de aquél escalofriante piso. No eran imágenes nítidas. De fondo, los gritos de auxilio. No cesaban. Ella corría para evitar el fatal desenlace, pero esa especie de túnel no se terminaba nunca. Hasta parecía que se tambaleara, como si se tratara de un puente de cuerda y maderas empujado por un fuerte viento huracanado. Se tropezó dos veces, y le costó grandes esfuerzos volver a la verticalidad. Finalmente, superados los inconvenientes, llegó a la habitación. Una sombra desapareció por la ventana. No pudo identificar a la persona. Parecía una silueta conocida, pero fue incapaz de ver su rostro.

La víctima yacía en el suelo, rodeada de sangre y pidiendo a gritos un socorro que, para salvar su vida, ya llegaría tarde. Raquel, descolocada, buscó un teléfono para pedir ayuda, y justo en el instante que se apropiaba del aparato que había encima de la mesilla, éste emitió un tono de llamada que casi la dejó sin respiración.

Casualidad o no, el teléfono real de su casa también se accionó en ese mismo segundo. Raquel salió de su estado hipnótico y, sobresaltada, corrió hacia el comedor para responder.

-¿Diga?

Era Juan, su compañero de trabajo.

-Raquel, tienes que venir enseguida. Tenemos un caso de homicidio.

-Voy.

Caso de homicidio. Qué coincidencia. De hecho, hacía algún tiempo que en comisaría se comentaba la extraña calma que había últimamente en ese sentido. Robos, peleas, asaltos a mujeres, violencia doméstica, disturbios, etcétera; pero homicidios, nada de nada.

Habían sido unos meses de sosiego, como en una playa del mediterráneo en pleno invierno, sin el ruido ni las aglomeraciones agobiantes. Pero ya se sabe, todo regresa, y a veces, antes de lo esperado.

Nada más llegar, le dieron los datos del caso. Un asesinato en todo regla. Presuntamente claro. El comisario, como sucedía habitualmente, confiaba en el tándem Raquel-Juan para solucionar esos temas tan delicados. Delicados en todos los sentidos. Si acababan por encontrar al culpable, la policía salía muy reforzada, pero si sucedía todo lo contrario, ésta se convertía en carne de cañón por los medios de comunicación y la sociedad en general.

Durante el trayecto hacia el escenario del crimen, ambos estuvieron comentando su última experiencia. Recordaron el camino de espinas que les supuso hallar la punta del iceberg, la cúpula de la banda criminal. Un desgaste físico y mental del cual tardaron meses en recuperarse.

-Esperemos que esta vez tengamos más suerte.

-En estos desastres humanos, nunca hay suerte Juan, nunca...

-Bueno... era un decir...

Ni la calle, ni el edificio, ni la planta, tenían nada de particular. Pero, nada más entrar en el piso, Raquel quedó petrificada. Durante unos segundos estuvo ausente. En una dimensión alejada.

-¡Raquel! ¡Raquel!

No respondía. Como si estuviera en el Polo Norte, helada, sin palpitación. Apenas pestañeaba. Todo le parecía familiar. El vestíbulo, el pasillo interminable, la habitación, y la chica. Como si sus sueños se hubieran alimentado de vida y el tiempo se hubiera detenido.

-¡Raquel! ¡Raquel! ¿Te encuentras bien?

-Sí... sí...

-¿Quieres irte a casa? Yo solo puedo procesar el escenario.

-No, no... Perdona... es que por unos momentos, me ha parecido haber estado aquí en otra ocasión.

-¡Ya! Esa sensación es muy frecuente. Una confusión habitual. Para nosotros, estas escenas son tan rutinarias, que acabamos por confundirlas. No le des tanta importancia.

-Sí, tienes razón.

Pero los detalles eran idénticos. Aquél espejo antiguo, con bordes dorados formando un contorno de rizos espléndido, aquellas paredes blancas manchadas por los destellos de sangre provenientes de las heridas, aquella lámpara de techo estilo románico de donde colgaba una catarata de cristales transparentes, aquella pequeña mesilla de noche con los cajones entreabiertos y con su interior totalmente desordenado y con el teléfono que tantos sobresaltos le había dado en las últimas doce horas, y sobretodo, aquella ventana abierta que delataba la huída del culpable y que tanto le recordaba a la salida de aquella silueta misteriosa que tantos quebraderos de cabeza le había producido.

Estaba descolocada. Era una situación clónica, y la interrogación a los vecinos más directos, acabó por obsesionarla del todo.

-Seguro que fue ella quien llamó a la policía. – dijo la vecina del mismo rellano.

-¿La policía? – preguntó sorprendida Raquel.

-Sí, al menos, la mujer que se presentó en su puerta, se identificó como agente de policía. Creo que incluso le enseñó su placa.

-Y luego, ¿qué ocurrió?

-Se oyeron algunos golpes, algunos gritos, pero de repente, todo quedó en silencio. Pensé que se trataba de su novio, y que la agente había logrado esposarlo, pero esperé tanto detrás de la puerta sin que sucediera nada, que no logré encontrar una explicación lógica a lo acontecido. Por eso, ésta mañana he llamado a su timbre. Estaba preocupada. Al ver que no me contestaba, fue cuando les llamé a ustedes.

-¿Por qué pensaba mal de su novio?, ¿acaso la maltrataba?

-Tal vez... Creo que sí. A menudo discutían. Si el ambiente estaba muy caldeado, el alboroto era considerable, aunque no me atrevería a decir con seguridad si él la pegaba.

-¿No vivían juntos?

-No. Pasaban muchas noches compartiendo cama, pero nunca se decidieron a dar el paso. Creo que ella no estaba convencida.

-Ya... y por casualidad, ¿no sabría su nombre completo?

-No, completo no, pero le llamaba Javier. Eso seguro. Hablaban tan alto que muchas veces no podía evitar escuchar sus conversaciones... de forma involuntaria claro...

-Claro. Me lo figuro. ¿Y la agente de policía?, ¿sabría describirla?

-No llegué a verle el rostro. Estaba de espaldas. Si la hubiera visto salir, entonces sí que habría tenido un buen plano frontal, pero como eso no llegó a suceder, pues...

-¿Insinúa que la agente no salió?

-Juraría que no. Me quedé muchas horas espiando por la mirilla, y me habría enterado al escuchar el ruido de la cerradura.

-Entiendo... pero de espaldas, ¿era alta?, ¿delgada?, ¿rubia, morena?

-Creo que rubia y con el pelo rizado. De estatura más o menos como usted, y de corpulencia parecida a la suya. De hecho, si no fuera porque usted es morena y con el pelo liso, sería un buen retrato robot de espaldas.

-Está bien, gracias. Si necesitamos más datos, ya la llamaremos.

Tras apuntar los datos, habló con su compañero para averiguar cual era la información que había conseguido de otros vecinos del entorno. Éste, tras leer las anotaciones de Raquel, aportó muy poca cosa que los complementara.

-Nada, más o menos, lo mismo. Lo único, destacar la declaración del vecino del bloque de enfrente. Resulta que era un mirón y fan de la chica fallecida, y le sorprendió mucho ver que se estaba besando con otra mujer. Durante cinco años, sus relaciones sexuales siempre habían estado con hombres, y además, durante unos segundos, le pareció que se estaban peleando.

-¿Y no llamó a la policía?

-Le daba vergüenza, y tampoco le dió más importancia. Estuvo observando durante unos minutos más, y cuando bajaron las cortinas, vio a través de sus siluetas que ambas se fundían en un abrazo y se tumbaban en la cama en plena pasión amorosa.

-Bueno. Vamos a ver que han encontrado los científicos. Tal vez sus estudios nos ofrezcan pistas más interesantes.

Al volver al lugar del crimen, de nuevo le recorrió un escalofrío por toda su espina dorsal. Era obvio que ese pasillo le provocaba una sensación muy extraña. Realidad o ficción, sueño o no, esa duda era como una niebla densa que no se desvanecía al paso de las horas.

El responsable del equipo científico estaba desconcertado. Raquel jamás lo había visto tan desesperado.

-Lo siento, pero no hemos hallado rastros de ningún tipo. Ni ADN, ni huellas, ni el arma homicida, ni tan siquiera un resto de cabellos, uñas, piel... nada. Sea quien fuere el asesino, sabe muy bien como esconder pruebas. Ha dejado el lugar de los hechos totalmente atildado.

-Está bien Antonio, gracias. Tendremos que buscar por otro sendero.

De vuelta a comisaría, pusieron todo lo obtenido encima de la mesa y analizaron el caso con calma.

-Vamos a ver... – dijo Raquel ante la atenta mirada de su compañero. – Por ahora sólo contamos con dos sospechosos. El novio, de quién sólo conocemos su nombre de pila, y la mujer que supuestamente se hizo pasar por policía para entrar en su casa. Ambas son posibilidades que se deben analizar. La puerta no fue forzada, y la persona o personas que se encontraban dentro, lo estaban con el consentimiento de la víctima.

-¿Por dónde empezamos?

-Yo iría a por lo fácil, el novio. Alguien de su parentela o de su entorno tenía que saber más de él. Esas cosas, normalmente, se comparten.

-Tienes razón.

-Tú realiza las llamadas a sus amigos más cercanos. Yo, indagaré en el círculo familiar.

Tras un duro y minucioso trabajo, ambos contrastaron los resultados obtenidos.

La hermana parecía ser la persona más ajena a la víctima, y por ello, para acabar de esclarecer algunas dudas, la interrogaron en comisaría.

-Gracias por venir tan rápido.

-Lo que sea con tal de encontrar al asesino de mi hermana... como haya sido ese capullo...

-Todavía no hay nada contra él. Parece uno de los sospechosos, pero no hay que sacar conclusiones aceleradas. A ver, ¿cuál es su nombre completo?

-Javier Suárez Góndola.

-¿Sabes donde vivía?, ¿donde trabajaba?, ¿qué lugares frecuentaba?, ¿qué tipo de relación tenía con tu hermana?

-No sé dónde vivía exactamente. Recuerdo que era comercial de automóviles de la marca Renault, pero desconozco el concesionario concreto. Lo que sí se seguro es que los martes y los jueves acudía al mismo gimnasio que mi hermana. De hecho, se conocieron allí. Se llama Gil sport, y está a dos manzanas de la casa de Mari. La relación que tenían no era muy formal. Es cierto que llevaban un tiempo saliendo, pero básicamente sólo se trataba de sexo. Creo que a menudo discutían porque él quería algo más serio y ella

rechazaba esa posibilidad, pero jamás hubiera imaginado que esa situación llegara a tener este fatal desenlace.

-Insisto en que sólo es un sospechoso. Sé que está alterada, no es para menos, pero por favor, le pido mucha cautela y que no intervenga en el caso. Confíe en nosotros. Encontraremos al culpable.

-Está bien.

-Gracias por su colaboración. Cuando haya novedades, la llamaremos.

A los pocos minutos de haberse marchado la hermana, la pareja policíaca salió para interrogar a todos los concesionarios de la marca mencionada de la ciudad. Jamás hubieran imaginado que habría tantos. Guerra comercial entre ramas de un mismo árbol. Curioso.

No encontraron nada hasta llegar al número catorce.

-¿Javier Suárez Góndola?

-Yo mismo, ¿qué desean?

-Somos agentes de policía, Raquel y Juan.

-¿Ha sucedido algo?

-¿Acaso no lo sabe?

-¿Qué es lo que tengo que saber?

-Su novia ha sido hallada muerta. Concretamente, asesinada.

-¿Mi novia?, ¿Mari Carmen?

-La misma.

-¡Dios!

-¿Estuvo con ella ayer por la noche?

-No. Discutimos por la tarde, de hecho, terminé con nuestra relación.

No podía aguantar más sus infidelidades. Me largué poco antes de cenar... sobre las ocho y media, nueve menos cuarto, más o menos.

-Ya... y, ¿hay alguien que le pueda proporcionar una coartada?

-Desde luego. No tenía ganas de estar solo. Llamé a mis padres para pasar la noche en su casa. Si quieren, les doy su número de teléfono y lo corroboran.

-Perfecto. Por cierto, ¿sabe con quién consumó su última infidelidad?

-No sé su nombre, pero las pillé en un bar tomándose una copa y besándose con gran pasión. Mucha más de la que me demostraba a mí.

-¿Era una mujer?

-Sí. Quedé descolocado. Hasta la fecha me había engañado con un amigo común. Estuve a punto de dejarlo, pero ambos me juraron que sólo había sido una tontería, una relación sin sentimientos. La quería tanto que me trague mi orgullo y los perdoné... pero ayer, cuando vi que estaba tonteando con una mujer, mi paciencia llegó a su límite. Entré y le dije que no quería verla nunca más.

-¿Y qué hizo ella?

-Me persiguió hasta el coche. Intenté oponerme a su voluntad de subir al vehículo, pero fue tan rápida que no tuve otro remedio que escuchar sus falsas excusas y pretextos. Me dijo que estaba atravesando una mala época, que su médico le había diagnosticado una enfermedad, no física, sino mental. Era adicta al sexo.

-Qué mas...

-No la creí. Estaba harto de sus mentiras. Nunca había sentido tanto por una mujer, pero tal cúmulo de despropósitos, colapsó mi mente. Ella insistió. Me pidió que la acompañara hasta su piso para ver la prueba. Según ella, tenía un informe médico en el que se explicaba su enfermedad y el tipo de tratamiento a seguir, y como siempre, cedí ante su empeño.

-¿Existía ese informe?

-No lo sé. Nunca llegué a verlo. Cuando entramos se puso a buscarlo como una cabra loca. Tiró cajones, carpetas, documentos, todo por el suelo. Estaba desesperada. Decía que alguien lo había tocado, que alguien había entrado en su casa y lo había hecho desaparecer. Ante tal inverosímil historia, me enojé mucho y le dije que ya había visto suficiente. Que me había hecho perder el tiempo para nada, y que ya no quería volver a saber más de ella ni de sus historias de ficción. La dejé encima de su cama llorando como una niña desconsolada. Me fui sin mirar atrás y dispuesto a pasar página definitivamente. A partir de ahí...

-Está bien. Gracias. Llamaremos a sus padres para verificar su versión. De momento, no se aleje de la ciudad y manténgase localizable. Es posible que tengamos que volver a hablar con usted, ¿de acuerdo?

-Ningún problema. Por cierto, ¿dónde está su cuerpo?

-Todavía está con el forense. Póngase en contacto con su familia. Ellos serán los primeros en saber cuando pueden disponer de él para realizar su funeral.

-Gracias.

Se fueron de la tienda más desorientados que al principio. No tenían por donde tirar. Ni un hilo, ni una pista. La mujer era el misterio. Por si acaso, pasaron por el bar donde el ex novio la había visto cometiendo infidelidad. El camarero se acordó de la escena montada, pero dijo que era difícil dar un retrato robot porque su rostro estuvo en todo momento muy tapado por un pañuelo y unas gafas de sol.

La jornada había sido muy dura y nada fructífera. Ante tal panorama, y para no quemarse en el primer día de investigación, se despidieron nada más llegar a comisaría. Mañana continuarían con fuerzas renovadas.

Tras el parte de rutina al comisario, Raquel se fue caminando tranquilamente hasta su casa. A menudo, eso la despejaba y la relajaba. Tenía que cruzar un parque. Era grande, y rodeado de árboles perennes que franqueaban ambos lados del sendero asfaltado.

Un sitio escogido por deportistas que entrenaban a diario, por parejas que liberaban su amor mientras contemplaban las calmadas aguas del estanque, por lectores cultivando su mente al compás de la música orquestada por el viento en consonancia con las hojas, y por los niños casi adultos que apuraban sus últimas horas de independencia paternal antes de volver a la realidad y las reglas de sus progenitores. Era un ambiente alegre de contemplar, y que por momentos, la transportaba a épocas de su infancia, de su adolescencia, de su juventud. Envuelta en recuerdos, y a poca distancia de su casa, tenía por costumbre tumbarse en los últimos metros del parque y contemplar el cielo en busca de respuestas que casi siempre eran ambiguas. No se trataba de resolver casos, ni tampoco de hechos acontecidos recientemente, sino del camino que había seguido su vida. Por momentos, incluso le daba la sensación de quedarse dormida, sin conocimiento. De ahí, a la mañana siguiente, era un instante. Como si de la húmeda hierba hasta su cama su cuerpo hubiera sido transportado por unas alas mágicas de recuerdos efímeros. Eso sí, entre el curioso y mágico traslado, siempre sufría el castigo

de las noches turbias y engorrosas, envueltas de pesadillas cada vez más y más crueles y asombrosamente coincidentes con la realidad.

Ésta vez era en un campo de fútbol. No en un estadio, sino en esos terrenos de juego que apenas hay gradas. De categoría regional, para ser más exactos. Los gritos eran aterradores. Como de costumbre, ella se encontraba merodeando por los alrededores de forma casual, y tras escuchar los lamentos, corría para auxiliar a la víctima antes de que fuera demasiado tarde. La pared de los vestuarios impedía la visión de los acontecimientos. A su velocidad, pasarla era cuestión de segundos, pero ese pequeño espacio de tiempo, se convirtió en una eternidad. De pronto, el silencio. Aterrador. Sepulcral. Sólo se escuchaba su alterada respiración en compás con su ritmo cardíaco. Saltó la valla para entrar en el terreno de juego. La mujer yacía en el círculo del medio campo. Iba vestida de reglamento. Raquel se inclinó para comprobar si aún vivía. Desgraciadamente, no había pulso. Cuando fue a coger su móvil, una llamada entrante la sorprendió. Ahí acabó su sueño. De nuevo, coincidencia de timbres. El teléfono fijo sonó a la misma vez.

Una pesadilla brutal. Todo su cuerpo evaporizando agua, empapada. Ésta vez, ni las sábanas habían sobrevivido al movimiento. Estaban esparcidas por el suelo.

-¿Diga?

-Raquel. Soy Juan. Me han llamado de comisaría. Ésta noche ha habido otro asesinato, y según parece, puede estar relacionado con nuestro caso.

-Está bien... voy en seguida...

Con el cuerpo magullado y la mente sobrecargada, intentó llegar al cuarto de baño sin poder evitar algún que otro tropiezo. Antes de mirarse al espejo, se lavó la cara con el agua totalmente fría para disipar las nubes que todavía rondaban en su encapotado cielo. El contraste de temperatura surgió efecto, y nada más levantar la mirada, quedó perpleja al ver la imagen que reflejaba el cristal. Tenía un profundo arañazo en el hombro izquierdo. Conjeturas, preguntas, motivos, explicaciones... no podía pensar en nada más. ¿Cómo había aparecido semejante herida en su cuerpo? Rápidamente se fue al dormitorio. Inspeccionó la cama, la mesilla, los armarios, la puerta... Alguno tenía que estar señalado por algún sitio, por algún ángulo, por algún hueco escondido. Finalmente, respiró tranquila. El cajón superior de la mesilla de noche estaba descolocado. Con un poco de fuerza pudo abrirlo, y efectivamente, en la escuadra derecha tenía una leve alteración. La madera de encima, la primera capa, había desaparecido. Seguramente, se dejó el cajón entreabierto, y con un giro brusco, lo cerró con el hombro sin apenas darse cuenta.

Aún así, durante el trayecto hacia la comisaría, no paró de intentar recordar las imágenes de la pesadilla. Algo le decía que iban a ser muy parecidas a la escena criminal que iba a presenciar esa mañana.

El tiempo había borrado parte de la memoria, una película que se iba desvaneciendo con el paso de los minutos, pero con gran esfuerzo, todavía logró visualizar el rostro de la víctima. Esa parte nunca se perdía. De algún modo, quedaba almacenada misteriosamente en su cerebro.

Tras recibir las instrucciones por parte del comisario, repasaron un poco el caso anterior para poder detectar los rasgos en común. Un leve estudio que iba acompañado de un buen café y un par de churros de rigor. Luego, tras mentalizarse debidamente, cogieron el coche y partieron hacia la dirección que les habían facilitado.

Antes de parar el automóvil, a Raquel se le escapó un comentario que sorprendió a su compañero.

-¡Lo sabía!

-¿A que te refieres con eso?

-Nada, nada...

-Raquel... nos conocemos, ¿qué sucede?

-Pues que sabía que el escenario era un campo de fútbol.

-¿Cómo?

-Lo he soñado esta noche. Como en el caso anterior. Todo me parece haberlo vivido.

Juan se la miró fijamente para ver si estaba bromeando. No era así. Ni un pequeño indicio de sonrisa.

-Lo que dices me parece un poco descabellado. Deberías tomarte un tiempo de descanso. Nuestro trabajo quema mucho, ya lo sabes. Llevas demasiada guerra en el cuerpo. Ya te advertí el pasado verano que tenías que haberte cogido las vacaciones. No me hiciste caso, como de costumbre, pero ahora pagas las consecuencias. Esto pasa factura Raquel...

-No digas tonterías Juan, no tiene nada que ver. No me noto saturada, ni quemada. Sólo que estoy viendo premoniciones. Dicen que hay mucha gente que pasa por este tipo de sensaciones, y ahora empiezo a creérmelo.

-Pues yo no. Jamás he creído en eso, y no pienso hacerlo ahora. Si no quieres escuchar mis consejos, adelante, pero por lo menos, no intentes convencerme de semejantes sandeces.

-Yo no te estoy vendiendo nada. Además, eres tú quien ha preguntado... nada más.

El ambiente se tensó. Durante el reconocimiento del lugar y de la víctima, no cruzaron palabra, y eso que Raquel, tenía mucho que decir. Todo era idéntico a lo soñado. El campo, los vestuarios, la valla, la mujer asesinada, el sitio exacto donde se encontraba el cuerpo... Realmente, estaba asustada. El médico forense dictaminó su examen. El "modus operandi", el mismo. Diez puñaladas. Ensañamiento y crueldad. Muerte lenta y dolorosa. Se encontraban ante un asesino en serie. Los peores, y además, muy listo. No dejaba rastro de ningún tipo. Ni huellas dactilares, ni restos de pelo o uñas, ni el arma homicida, ni pisadas de zapatos... Ni tan siquiera una firma para ser conocido. El crimen perfecto.

Estuvieron allí todo el día, hasta el anochecer. Tenían que esperar a todos los usuarios del campo de fútbol, y cerca de las ocho, fueron apareciendo cronológicamente. Primero, las jugadoras del equipo femenino, después, la presidenta, luego, los encargados del material, y por último, el entrenador.

Nadie entendió ni aceptó la muerte de su compañera. Nadie, excepto el entrenador. Él fue quien aportó más información. Tanta, que llegó a convertirse en el principal sospechoso.

-Vamos a ver. Desde del principio. ¿Dice que tenía una relación con ella?

-Sí. Me encapriché. Era la chica más guapa del equipo y la más buena jugando al fútbol. Cuando la fiché, sabía de sus cualidades y de su espíritu de sacrificio. Después de los entrenamientos, se quedaba para ensayar faltas. Era una auténtica especialista. Nos salvaba muchos puntos en ese tipo de jugadas. Valía la pena aguantar media hora más y dedicar el tiempo exclusivamente para ella.

-¿Y las demás?

-Se marchaban. Las primeras veces, alguna la esperé, pero a Sofía le gustaba tanto entrenar a solas, que cada vez iba alargando más ese espacio de tiempo.

-¿Y ya se entendían de la otra forma?

-No. En esos primeros meses todo era exclusivamente deportivo. El tema sexual apareció a mediados de la temporada. Supongo que tanta dedicación, y el hecho de ser yo más maduro y casado, le provocó morbo. No le encuentro otra explicación.

-¿Por qué?

-Pues porque era una mujer muy guapa. Tenía muchos chicos que le iban detrás, y podría haber escogido cualquiera.

-¿Y no podía ser que buscara un trato de favoritismo?

-No, no. Ya le he dicho que era la mejor jugadora. No necesitaba nada de eso.

-¿Y por qué discutieron ayer?

-Porque estaba harto de nuestra historia. Hacía daño a mi mujer y a mis hijos, y ella era demasiado joven para seguir sufriendo.

-¿Quiere decir que ella se enamoró?

-No me lo llegué a figurar nunca. Cuando la noche anterior le expuse mi ruptura, se volvió como loca. Estuvimos discutiendo durante un buen rato en el círculo del medio campo, y por mucho que intenté hacerla entrar en razón, no pude. Perdió la compostura, y se hechó a llorar como una niña pequeña. Los gritos eran tan altos, que me entró pánico y vergüenza a la vez, y me fui de allí lo más rápido posible, dejándola que se desfogara en el suelo y pensando que sin mi presencia se iba a calmar más temprano. Ahora me arrepiento. Si me hubiera quedado... si la hubiera acompañado a casa... nada de esto habría ocurrido...

-Y usted, ¿se fue directamente a casa?

-Sí, sí. Supongo que me entró miedo, y pensé que tal vez aparecería para contárselo todo a mi mujer y vengarse por mi comportamiento.

-Está bien... hablaremos con su mujer...

-¿Es necesario?

-Sí, si no quiere seguir siendo el principal sospechoso de este asesinato.

-Entiendo...

Después de realizar todas las interrogaciones pertinentes, se fueron a corroborar la historia del entrenador. La coartada era cierta, pero la mujer quedó muy afectada. Ambos se sentían sucios y desanimados por las consecuencias, así que se despidieron fríamente y sin ningún ánimo de reconciliarse. La dureza del trabajo como policía iba haciendo mella en el carácter de Raquel. Los sentimientos se tenían que ocultar continuamente, y ese cúmulo de emociones enterradas en su alma, endurecían su corazón de manera acelerada y alarmante. Además, era una mujer solitaria, sin nadie para compartir. Su padre había sido un indeseable durante toda su vida. Maltrató a su madre tanto física como psicológicamente hasta el día de su muerte. Muerte que había desencadenado el mismo. La había matado con una paliza tremenda.

Aquél vacío fue irrecuperable para Raquel, un abismo en el océano profundo, un precipicio peligroso rodeado de rocas afiladas. El salvavidas, un psicólogo, pero nunca lo utilizó. Quedó aparcado en la cubierta de su perdida nave, y durante todos esos años, deambulaba perdida por las turbias y, a veces, tormentosas aguas de la justicia obligada.

Algunos compañeros se lo habían susurrado en calma, para no hacerla naufragar, pero nunca siguió esas luces, y ahora, su barco se tambaleaba más que nunca.

Durante una semana entera estuvieron intentando encontrar alguna pista fiable para los dos casos, pero la misión se complicaba cada vez más.

Por si eso fuera poco, ambos se iban distanciando tanto en el camino profesional como en el camino personal, y el comisario, se dió cuenta de la situación que atravesaban. Por ello, y antes de que todo el trabajo se echara por la borda, los llamó al despacho para solucionar el comprometido panorama.

-Siéntense por favor...

-¿Hay alguna novedad jefe?

-No es nada de eso. Les he llamado para hablarles sobre su rendimiento.

Últimamente he notado un cierto distanciamiento y un ambiente demasiado tenso entre ustedes. Personalmente, fuera del trabajo, me da igual lo que ocurra, pero cuando los problemas afectan al rendimiento de mis agentes y por consiguiente, a la resolución de los casos, ya pasa a ser un asunto de la comisaría y mío. Por tanto, les pido que resuelvan sus conflictos de manera inmediata y que sepan separar su vida privada de la profesional, ¿de acuerdo?

Ambos se miraron mutuamente, buscando una contestación ajena, pero los dos permanecieron callados.

-Bien. Espero que no me vea en la obligación de separarles. Hasta ahora han sido la pareja que ha resuelto de forma más brillante los casos más difíciles, y depende de ustedes que esto siga por el mismo sendero. Para la comisaría, para mí, y para los ciudadanos que necesitan nuestra ayuda, sería

una gran noticia. Pueden marcharse. Por cierto, ¿cómo siguen las investigaciones?

-De momento en punto muerto jefe. – apuntó Raquel. – El asesino o asesina parece conocer mucho nuestros métodos de búsqueda, y se adelanta a nuestros movimientos como una sombra al cuerpo de origen.

-Estén atentos. Cualquier detalle puede ser importante. Y recuerden, no hay asesinato perfecto, siempre se cometen errores.

-Si jefe...

Al salir de su despacho, Raquel intentó tomar la iniciativa y suavizar el tema.

-Juan... sé que últimamente estoy demasiado nerviosa. No duermo, las pesadillas me atormentan, y encima éste caso me tiene desconcertada. A lo mejor tienes razón y necesito una pausa, un descanso, pero ahora siento que no puedo. Éste asunto me reclama, sé que tengo que estar ahí... Luego, te prometo que seguiré tus consejos. Por otra parte, si tanto te incomoda, estoy dispuesta a un cambio de pareja, aunque después de estos años de compañerismo, me dolería mucho la separación.

-No, no... tal vez me excedí demasiado y no te apoyé lo suficiente. Saldremos adelante, seguro.

-Claro que sí...

Durante el resto del día estuvieron repasando detalles para comprobar que no se les escapaba nada. En ese punto, ambos llegaron a la conclusión que la hipótesis de la mujer asesina no era tan clara. Tal vez se trataba de un asesino intentado jugar al despiste, y puede que incluso intentara incriminar a la misma policía con la identificación del primer caso como agente femenina. Lo cierto es que por mucho que doliera, necesitaban otro suceso. Inverosímil, ¿verdad? La misma policía pidiendo un asesinato. De hecho, no era exactamente el crimen, sino lo que podría haber detrás de él. Algún error, algún tipo de identificación, algún testimonio claro y contundente, algún cabo por donde tirar.

Terminada la jornada, Raquel volvió por el mismo parque de cada día. Las calles estaban húmedas debido a la pequeña lluvia que había disfrazado la ciudad con su magia y esencia. A ella le encantaba ese olor característico del fenómeno. Era como si el mundo su hubiera hecho un lavado de cara. Superficial, pero al fin y al cabo, un pequeño lavado.

El parque estaba más solitario que nunca. Se podían oír sus pasos a bastantes metros de distancia, y el eco agudizado por la calma, imponía un poco de respeto a esas horas misteriosas del anochecer.

Su pequeño trozo de jardín estaba libre, como de costumbre. La hierba estaba mojada, pero eso no le impidió tumbarse frente al esplendoroso paisaje de las nubes jugando al escondite con la vecina Luna. El viento de poniente las alejaba con paso firme, y con la luz entrecortada, dibujaban formas divertidas que hipnotizaron a Raquel hasta el punto de quedar casi dormida.

Luego, sucedió lo de siempre. Del compás de ese instante, al de levantarse asustada y aturdida en su cama, no pasaba ni un suspiro. Un suspiro secreto del que nunca conseguía acordarse ni dominar, sino todo lo contrario.

Entre medio, la pesadilla. Un nuevo asesinato. Ésta vez, precisamente en el parque. En su parque.

Desde su posición rutinaria, tumbada en el césped, observando con deleite el firmamento, oyó los gritos de una muchacha. Estaba cerca, más cerca que nunca, y la esperanza de poder salvarla la hizo levantarse en un santiamén.

Corrió, más que nunca. Ni el diablo la podría haber alcanzado. Los gritos provenían del lago. Tan sólo le faltaba cruzar el puente y bajar por la pequeña duna.

El culpable escapó. Cruzó el río y se fue por la otra orilla. No importaba. Ahora lo primordial era salvar la chica. Estaba viva, todavía respiraba. Raquel cogió su móvil mientras la miraba fijamente. La víctima no se dió cuenta de su presencia hasta que no la tuvo escuchando su corazón. Cuando levantó su mirada y vio su rostro, los ojos se abrieron como dos naranjas a punto de estallar y queriendo gritar de miedo. Estaba aterrorizada, y del mismo horror de la escena, su corazón se apagó. Murió. Justo en su último aliento, sonó el móvil de Raquel. Igual que el teléfono fijo de su casa.

De nuevo, otra pesadilla. Y de nuevo, la coincidencia de timbres. Estaba loca. Fuera de sí. No quiso cogerlo. Al quinto tono, saltó el contestador.

-¡Raquel! ¡Raquel!... Soy Juan. ¿Estás ahí? Tienes que venir a comisaría. Se ha producido otro asesinato, y no hay duda de que se trata de nuestro hombre. Ven rápido, por favor.

Le costó más que nunca despegarse de la cama. Parecía estar enganchada con el pegamento más denso que jamás haya existido.

A la tercera llamada consecutiva, decidió reaccionar. Se levantó con gran pesadez, como si el centro de gravedad de la tierra estuviera debajo de sus pies y alguien lo hubiera accionado a su máxima potencia. Al andar escasos metros, se percató de que todavía estaba vestida y que su ropa estaba más húmeda que nunca, como si le hubiesen tirado un cubo de agua por encima.

Con gran repugnancia, se quitó las piezas mojadas y se dió una ducha de agua fría para que su estado pudiera volver a ser lo más normal posible.

Esa mañana la sensación de rareza estaba más acentuada que nunca. Por la calle, se sentía observada por todo el mundo. Los ruidos ambientales la molestaban como si estuvieran potenciados con un equipo de alta fidelidad de gran cantidad de megahercios, y la gente rozaba con ella como si fuera una diana colocada en medio de un campo de tiro y siendo objeto de fuego a discreción por decenas de cuerpos sin definir.

Apenas les miraba. Ni tan siquiera, a los que le pedían perdón.

Tras salvar todos los obstáculos habidos y por haber, logró alcanzar la comisaría.

La estaban esperando con impaciencia.

-Raquel, ¿le ha pasado algo?

-¿Por qué lo dice jefe?... He pasado una mala noche, nada más.

-Lo decía por su aspecto. La hemos llamado varias veces, y no lográbamos contactar con usted.

-Es que me quedé dormida con los cascos musicales y no me he percatado de las llamadas. Cuando he visto la señal luminosa de los mensajes, me he enterado de lo sucedido.

-Está bien... Verán... la situación es la siguiente: Ayer se cometió un nuevo asesinato. Concretamente, en el parque Soledad, del centro de la ciudad. Se ha encontrado el cuerpo al lado del río, a la altura del puente de los enamorados. Según testimonios, la chica estaba con un hombre de su misma edad, veinte y cuatro años. Salían juntos. Discutieron, y él se fue, dejándola en medio de un ataque de histeria y de lloriqueo importante. Ese fue el momento escogido por el asesino.

-Como siempre... – aclaró Raquel.

-Sí, es cierto. Su modo de operar no cambia. Pero esta vez es posible que haya algún rastro.

-¿Por qué? – preguntó Raquel, extrañada por el dato.

-Porque fue visto en plena faena, y tuvo que salir cruzando el río y sin poder limpiar la escena del crimen. Seguro que las prisas no le dejaron ser tan meticuloso con los detalles.

-¿Y el novio?

-En la sala de testigos. Pero puede esperar. Primero, vayan a inspeccionar la zona a fondo.

-De acuerdo.

De camino hacia el lugar del escenario, no cruzaron apenas ni una palabra. No era por desavenencia, sino por lo ausente que estaba Raquel.

A su llegada, lo primero que hizo ella, fue mirar la cara de la víctima.

-Es la misma...

-¿Cómo? – le preguntó extrañado Juan.

-Es la misma chica del sueño.

-Raquel...

No hizo caso del comentario. Rastreó el terreno al máximo. Parecía no haber nada, ni una pista, pero finalmente, al otro lado del río, encontró una huella en el fango que todavía se podía analizar.

Sin llamar la atención, se quitó uno de sus zapatos de forma disimulada y lo puso suavemente encima de la marca. Era exacta. Casaban perfectamente.

Juan se acercó. Le pareció raro ver a su compañera indagar con tanto sigilo. No era su procedimiento habitual.

-¿Ocurre algo?

Raquel le hizo señas para que se aproximara. Quería evitar que los investigadores se acercaran a la zona.

-Observa... casan perfectamente.

-¿Qué quieres decir?, ¿qué tú eres la asesina?

-No... No lo sé... pero es una extraña coincidencia, ¿no?

-Hay miles de zapatos como los tuyos y del mismo número.

-Sí, pero son demasiados detalles. Ésta mañana me he levantado con la ropa completamente mojada, he soñado con la víctima y la he visto agonizar. No es la primera vez que me ocurre. Sucedió lo mismo con las otras dos. No digo que yo las matara... pero... tal vez estuve aquí sin ser consciente de ello.

-Eso es imposible. No conozco a nadie que le haya pasado algo semejante. Es un disparate.

-¿Y si soy sonámbula?

-No lo sé... mira Raquel, voy a ayudarte. Mañana mismo acudiremos a un especialista. Él nos dará una opinión más objetiva de todo ello, ¿de acuerdo?

-Gracias Juan, te lo agradezco... pero...

-¿Y esas dudas?

-¿Te podrías quedar esta noche conmigo?

-¿A qué te refieres?, ¿a dormir juntos?

-Sí. Pero sólo a dormir, no te hagas ilusiones.

-Está bien... lástima...

Ese último comentario relajó a Raquel y sonrieron de forma distendida. Al terminar la jornada y antes de ir al piso, se fueron a cenar y tomaron un par de copas en una sala de baile.

Siguiendo el ambiente, Juan la invitó a volar junto al compás de la música lenta y romántica, y en aquellos instantes de magia enamoradiza, ambos se dieron cuenta que sentían algo especial el uno por el otro.

Las notas les envolvieron en un espiral de amor, y dejándose llevar por las olas sugerentes de un mar de letras poéticas, acabaron besándose apasionadamente hasta quedar exhaustos de lucha carnal entre labios y lengua.

Siguieron conservando la pasión hasta llegar a su casa, y sin apenas dar tiempo a encender la luz, se quitaron la ropa eróticamente e hicieron el amor de forma tan salvaje que ambos llegaron al éxtasis más de tres veces consecutivas.

Así, sucesivamente. Acto sexual, consumación, cigarro, y vuelta a empezar. Hasta quedar rendidos. Luego, un placentero y reparador sueño. La noche más tranquila y apacible que Raquel había vivido en mucho tiempo.

El despertar fue magnífico. Ni una pesadilla, ni un sudor, ni un ataque de nervios. Nada. Parecía como nueva, recién nacida, pero sin dolor, sin esfuerzo, como un águila que se deja llevar por la corriente de aire surcando el cielo con armonía y estilo.

Además, Juan se había levantado mucho antes, y con la inspiración del buen amante, le había preparado un espléndido desayuno que llevó en bandeja hasta la cama. Un sueño hecho realidad.

Después, tal y como había prometido, la llevó a un psicólogo conocido de gran talento para tratar de averiguar las dudas que Raquel tenía con su propia mente.

La consulta era de lujo. Una gran sala de espera en forma de oval, rodeada de paredes y puertas hechas con madera de caoba, con un gran techo cubierto por una claraboya de vidrio que dejaba paso a la luz de forma hexagonal y con mágicos tonos de distintos colores semejante a los de un arco iris. Todo, acompañado de hermosas pinturas estilo medieval y de una espléndida librería documentada en gran parte con ejemplares dedicados al estudio del cerebro humano.

Raquel quiso hojear alguno de ellos, pero justo en el instante que abría uno para leer su introducción, el doctor les llamó para que entraran a su despacho.

-Hola Juan, buenos días.

-Hola Ricardo, te presento a Raquel, mi compañera de trabajo. Raquel, el doctor Ricardo Truecas.

-Encantado. Así que tú eres la famosa agente de la que tanto me ha hablado Juan.

-¿Ah sí?

-Bueno...

-Es un gran fan tuyo. No te preocupes, todo han sido halagos.

-Ya me quedo más tranquila.

-Decidme, ¿qué os trae por aquí?

Raquel le contó con pelos y señales los últimos acontecimientos que la tenían atormentada. El doctor, en ningún momento la interrumpió, sólo se dedicó a escuchar.

Acabada su exposición, entonces intervino para dar un primer diagnóstico.

-¿Sonambulismo?... puede ser. El sonambulismo es un trastorno caracterizado por el hecho de caminar o realizar otra actividad cuando aparentemente se está dormido. Ocurre con mayor frecuencia en los niños, y puede estar relacionada con fatiga, pérdida previa de sueño o ansiedad. En los adultos, la causa se relaciona normalmente con un trastorno mental, pero también se puede apreciar en reacciones a drogas, medicamentos, o al alcohol, y también a condiciones médicas tales como convulsiones parciales complejas. En los ancianos, el sonambulismo puede ser un síntoma de síndrome cerebral orgánico o trastornos de conducta en el sueño.

-Ya... pero, ¿puede una persona llegar a ser capaz durante una etapa de sonambulismo a realizar actos de fuerza y trasladarse de un sitio a otro con facilidad? – dijo Juan para entrar en el tema que les interesaba.

-La actividad del sonambulismo puede simplemente consistir en sentarse y parecer despierto aun cuando realmente se está dormido,

levantarse y caminar, o realizar actividades más complejas, como mover muebles, ir al baño, vestirse y desvestirse y otras similares. Algunas personas, incluso conducen un vehículo mientras están realmente dormidas. Estos episodios pueden ser muy breves (unos cuantos segundos o minutos), o pueden durar hasta 30 minutos o más.

-Increíble...

-Sí, parece mentira, pero es real. Hay muchas cosas que no sabemos del sonambulismo. Una idea errada, pero muy común, es que no se debe despertar a un somnábulo. No es peligroso despertar a una persona que camina dormida. Es normal que pueda estar confundida o desorientada durante un tiempo corto después de despertarse. Otra idea errada es que la persona no puede lastimarse cuando camina dormida. En realidad, las lesiones debido a un tropezón o a la pérdida de equilibrio son comunes en los sonámbulos.

-¿Pero yo creía que sólo se daba en niños? – preguntó de nuevo Juan al ver que desconocía mucho sobre el tema.

-El sonambulismo, como he dicho antes, puede ocurrir a cualquier edad, pero es cierto que es más frecuente en los niños de seis a doce años.

-¿Y cuáles son los síntomas? – preguntó Raquel.

-Los síntomas son: ojos abiertos durante el sueño, mostrar expresión facial ausente, erguirse y parecer despierto, caminar mientras se duerme, realizar otras actividades en detalle, de cualquier clase, no recordar el episodio, mostrar confusión y desorientación, y hablar dormido de forma incomprensible y sin un propósito concreto. Generalmente, no se requiere ningún otro examen o prueba. Si el sonambulismo es frecuente o persistente, puede ser apropiado realizar exámenes para descartar otros trastornos (tales como convulsiones parciales complejas). También puede ser aconsejable someterse a una evaluación psicológica para determinar si existen causas como ansiedad o estrés excesivo, o a una evaluación médica para descartar otras causas.

-Ahí es donde voy yo. – comentó Raquel.

-Generalmente, no se requiere un tratamiento específico para el sonambulismo. Para evitar lesiones, se pueden requerir medidas de seguridad que pueden incluir la modificación del ambiente, cambiando la ubicación de objetos como cables eléctricos o muebles para reducir los riesgos de tropezones y caídas. Es posible que sea necesario bloquear las escaleras con una puerta. En algunos casos, los tranquilizantes de corta duración han ayudado a disminuir la incidencia del sonambulismo. Pero en tu caso, veo que sería necesaria alguna terapia, ya que ha aumentado con la edad, y eso, aunque no es indicativo de la existencia de un trastorno grave, puede ser síntoma de otros trastornos.

-Entonces, ¿cuándo empezaremos con el tratamiento?

-Yo marcaré una serie de visitas y unas pautas a seguir. Lo primero, evitar el consumo de alcohol o el uso de antidepresivos. También es importante evitar la fatiga o el insomnio, el estrés, la ansiedad y los conflictos con otras personas. Luego, profundizaremos en tu mente para encontrar si hay algún punto conflictivo que haya quedado encerrado.

-¿Cómo?

-Con hipnosis.

-¿Eso funciona?

-Más de lo que la gente se cree. Es una terapia fantástica para revolver en el pasado cosas que enterramos de manera inconsciente. Nos pensamos

que así dejamos de sufrir, pero a menudo, el efecto es el contrario. El daño queda dentro.

-¿Y cómo se explica que esta noche no he padecido ninguna pesadilla ni ningún estado de sonambulismo?

-Puede que hayas hecho algo fuera de lo común, que no hayas seguido tu rutina diaria. A veces, es algo asociado que te ocurre de manera regular y a la misma hora; un suceso, un escenario, una imagen...

-Tiene razón. Ayer fue un día totalmente distinto a los vividos en mis últimos cuatro o cinco meses.

-Pues ahí está la clave. En la próxima sesión... que será... el miércoles de ésta misma semana... lo intentaremos descubrir, ¿de acuerdo?

-Sí. Aquí estaré.

Raquel se fue muy convencida y con las esperanzas de curarse definitivamente. Y Juan, por primera vez, también sintió que podía tener un problema serio, y durante esas dos noches, la cuidó y la mimó la máximo para que no ocurriera nada raro.

Aquellos dos días fueron un oasis de calma y amor en su turbio y violento desierto. Dormía como un ángel acomodado en las cálidas y dulces nubes de verano, y vivía el día como una rosa en pleno fervor primaveral.

La fecha señalada por el doctor llegó antes de que se dieran cuenta. Estaba nerviosa y preocupada. La hipnosis era una ciencia que desconocía y una terapia que nunca se hubiera imaginado que iba a probar. Un misterio que quiso desvelar antes de sumirse en él.

-¿Qué es exactamente la hipnosis doctor?

-La hipnosis es una técnica con la que conseguimos un estado psicofisiológico diferente del estado de vigilia normal. El electro-encefalograma de una persona hipnotizada es diferente al de una persona despierta o dormida en sueño natural. Dicho estado se caracteriza por una gran sugestionabilidad. ¿Qué quiere decir esto? Que la persona bajo hipnosis acepta como reales las sugerencias que le sugiere el hipnotizador.

-Es decir, que si usted hipnotiza a otra persona, y ésta cae en un trance profundo, si le sugiere que tiene calor, empezará a quitarse ropa de encima para aliviárselo, ¿no?

-Exacto. ¿Por qué sucede? Porque se produce una disociación entre el consciente y el inconsciente en nuestra actividad mental y disminuye notablemente la capacidad de raciocinio.

-¿Y es peligrosa?

-La hipnosis no es peligrosa, siempre y cuando sea realizada por una persona cualificada y, por supuesto, tenga la ética suficiente para no someter a su cliente a ninguna práctica que en estado vigil no permitiría. Por lo demás, nadie puede quedarse eternamente dormido si el hipnotizador nos abandonase, ya que en ese caso, pasaríamos del sueño hipnótico a un sueño natural. Las únicas contraindicaciones absolutas de la hipnosis son en los casos de padecerse epilepsia o esquizofrenia. La epilepsia, porque podría suceder que en pleno trance hipnótico sobreviniera una crisis, y la esquizofrenia, porque a parte de ser muy complicado, podríamos empeorarle su enfermedad.

Ricardo, al ver que todavía tenía una cara de cierta preocupación, le siguió hablando para ver si la tranquilizaba.

-Verás... el hipnotizador o el hipnólogo (si hablamos del terapeuta), no son personas que tengan un "poder" especial innato o adquirido para someter a su voluntad a otros. Simplemente, aplican unas técnicas que llevan al inducido hasta el estado deseado. La hipnosis en sí, no es un estado "paranormal". Sin embargo, en estado hipnótico, es relativamente fácil producir fenómenos que son objeto de estudio de la parapsicología científica. Un hipnotizado puede, de manera relativamente sencilla, captar lo que está pensando una persona concreta, independientemente de que se encuentre cerca o a miles de kilómetros. También es factible que establezca el estado de salud o enfermedad de su propio organismo o el de otra persona. Y muy curiosos son los casos de memoria extra-cerebral en los que el hipnotizado puede recordar supuestas vidas pasadas e incluso hablar en idiomas que se supone que no conoce; a éste fenómeno se le denomina xenoglosia. A lo largo de la historia se han dado casos de sujetos que en estado hipnótico han tenido una inusual habilidad para predecir el futuro o reconocer hechos de un pasado remoto y desconocido: precognición o retrocognición, respectivamente. ¿Por qué sucede esto? Probablemente porque en estado de hipnosis nuestra mente actúa bajo unos parámetros diferentes de los que comúnmente entendemos como espacio / tiempo.

-Asombroso...

-¿Ah que sí?

-¿Y que tipo de hipnosis va a realizar conmigo?

-La regresiva. Ésta técnica consiste en "llevar" el paciente hacia atrás en el tiempo para que reviva o recuerde hechos de su pasado. Incluso podemos llegar hasta un estado pre-natal o intra-uterino, es decir, que recordaremos las sensaciones que teníamos antes de nacer

-Es alucinante. Muy interesante, de verdad.

-Lo sé. De hecho, sobre este campo, nunca he dejado de indagar y descubrir. Bien... ¿vamos a ello?

-Estoy en sus manos...

-De acuerdo. Siéntate, relájate, y mira este péndulo. Ahora, voy a contar desde cuarenta hacia atrás, cuando llegue a veinte, tus ojos te pesarán como lapas, tus párpados se irán cerrando, y tu mente se liberará. A los diez, notarás una sensación de relax inmenso, y tu cuerpo estará totalmente descansado. A los cinco, el sueño se apoderará de ti. Al final de la cuenta, estarás profundamente dormida. Cincuenta, cuarenta y nueve, cuarenta y ocho...

Efectivamente, al fin de la cuenta atrás, Raquel ya estaba en otra dimensión.

Ricardo comenzó a escalar en el tiempo, hurgando en su pasado para buscar alguna situación traumática.

Poco a poco fue descubriendo que su padre maltrataba a su madre, que la tenía postergada a una vida llena de golpes e insultos. Una rebaja continua que Raquel no entendía y por la que se desató un odio extraño hacia su madre por el hecho de aguantar tanto y consentir que ella viviera y sufriera aquél desagradable ambiente.

Su infancia había sido una pesadilla. Su juventud, un desastre, sobretodo, en el tema de las relaciones con los chicos, y por último, el suceso clave y fatal que desencadenó todos los episodios de sonambulismo. Había sucedido una tarde de domingo. Concretamente, al anochecer. Como de costumbre, su padre había bebido más de la cuenta y había discutido con su madre por una tontería. Era la típica situación aprovechada para darle una paliza de muerte, pero con la diferencia de que no paró hasta lograrlo. Raquel, viendo la gravedad de los golpes y el estado de su madre, intervino por primera vez para detener el brutal y salvaje ataque, pero su fuerza física todavía no era la suficiente para poder frenar tal energúmeno.

Tras terminar con la vida de su mujer, se cebó con Raquel y la cogió violentamente del brazo arrastrándola sin piedad hasta el garaje. Con una fuerza inusitada, la subió al coche y cerró todos los seguros para que no intentara escaparse. Ella estaba aterrorizada. No sabía dónde la llevaba ni cuáles eran sus intenciones. Condujo durante más de media hora, dando tumbos por la ciudad, buscando algún lugar solitario donde nadie les pudiera ver. Finalmente, decidió adentrarse en el parque. El mismo parque de sus sueños.

Tras andar un buen rato, vio el pequeño trozo de jardín vallado por unos cipreses altos que impedían ver con claridad el interior. También era el trozo de jardín en el que se tumbaba cada atardecer antes de irse a casa. Allí, abusó de ella sexualmente. La violó con total impunidad, y aunque ella gritó desesperadamente, nadie vino en su ayuda. Luego, avergonzada y muerta de dolor, tanto físico como psicológico, se quedó llorando durante más de una hora y media. Un chico que hacía ejercicio, oyó los sollozos y llamó en seguida a los servicios de emergencia. Fue una tarde horrible, terrorífica. Había perdido a su madre, había perdido su inocencia, y había perdido toda la confianza en los hombres.

Ahora estaba claro. El doctor la despertó antes de que su mente sufriera más. Ricardo le contó lo sucedido con pelos y señales, y aunque ella se mostró muy afectada y lloró sobre su hombro durante un buen rato, su entereza le sorprendió gratamente.

-Ricardo, gracias. Hoy mismo me entregaré a la policía.

-Pero... Raquel... todavía no estamos seguros de...

-Sí, sí lo estamos, no se engañe. Yo maté a esas chicas. Las odiaba porque me recordaban a mi madre. Lloraban por hombres que no lo merecían, y aguantaban lo inaguantable. Soy una persona enferma que necesita un tratamiento, y represento un peligro para ésta sociedad. Y no hubo más muertos porque siempre llegaba tarde, si hubiera dado con esos hombres, también los habría matado. No lo pude hacer con mi padre, pero lo habría hecho con ellos. Ahora entiendo por qué no encontrábamos ninguna pista, por qué el asesino era tan perfecto y se adelantaba siempre a nosotros. Tenía que haberlo evitado. En el fondo, algo me lo decía. Era extraño que por la mañana recordara tanto todo lo sucedido. Pensé que tan sólo eran pesadillas, pero cuando luego veía las escenas de los crímenes, ya empezaba a dudar de ello. Si hubiese estado antes con Juan... no sé... desde que intimé con él y no fui más a ese parque, no volví a tener otro ataque de sonambulismo, pero... ya se sabe... a veces... las cosas ocurren porque tienen que ocurrir. En fin, sólo espero que usted me siga tratando, aunque sea desde la cárcel.

-Pues claro que sí. Cuenta con ello... Venga, dame un abrazo.

Raquel se fue de la consulta con la sensación de haberse desprendido de un gran peso que hacía tiempo que la tenía oprimida. Sí, cierto, ahora tenía que entregarse, y perdería la libertad, pero de hecho, toda su vida había estado encerrada. Aunque ahora tendría que pasar unos años en prisión, su espíritu y su mente iba a ser más libre que nunca.

A Juan le costó mucho asimilar la verdad. A él, y a toda la comisaría. Pero cuando todo parecía perdido, cuando el vaso de la esperanza había perdido todas sus propiedades, el doctor se puso en contacto y les pidió que esa noche la dejaran libre y que no estuvieran con ella.

Por eso, disfrazaron un poco la situación, y con la ayuda y la colaboración de todos, lograron su objetivo.

-¿Por qué? No entiendo nada. Le digo al comisario que soy una asesina y dice que tiene que esperar a mañana los resultados de los investigadores... te digo a ti que soy la culpable y que nunca más me podrás ver en libertad, y justamente ésta noche, que será la última que podremos pasar juntos, te tienes que ir por culpa de una misteriosa enfermedad de tu madre de la cual nunca me has hablado... no lo entiendo... ¿no será que ya no quieres saber nada más de mí?

Juan permaneció en silencio. Cualquier palabra más podría poner en peligro el montaje, pero esa falta de contestación fue tomada por ella como un gesto afirmativo a su pregunta, y se marchó enfadada y sin mirar atrás. Juan la persiguió un buen rato, no para convencerla, sino para llevarla al sitio adecuado. Tenía que dejarla en el parque. Esa era la misión.

Cuando vio que iba directamente hacia él, se detuvo con aires de cansancio, y de forma disimulada, habló por un megáfono de la camisa para comunicar que todo iba según lo previsto.

Raquel, sin apenas darse cuenta de sus movimientos, se tumbó en el jardín de siempre. Estaba desconcertada, y miraba de encontrar sentido en algún punto del cielo. Las emociones y el agotamiento hicieron mella, y en pocos minutos, cayó dormida casi de forma inconsciente.

De repente, y para sorpresa de todos los agentes camuflados que la estaban vigilando, se levantó y se fue hacia su casa. Parecía despierta, pero sus movimientos no eran del todo normales. Esperaron a la puerta para ver si salía de nuevo. Transcurridos unos diez minutos, asomó por el garaje con su vehículo particular.

Durante más de media hora estuvo dando tumbos por las calles de la ciudad. Todos creían que sin sentido, hasta que de pronto, paró al lado de una cancha de baloncesto. Había una pareja discutiendo, y Raquel, bajó con la intención de intervenir en la disputa.

Los agentes estaban dispuestos a actuar en cualquier instante. Parecía muy evidente lo que allí iba a suceder. Lo asombroso, es que Raquel no se

apartaba del vehículo. De repente, salió otra persona del coche. Un hombre. Corpulento, de avanzada edad. Tenía el pelo canoso y los ojos grandes y ovalados, con una barba crecida y muy descuidada. Su aspecto físico, como de vestuario, dejaba mucho que desear. Empujó a Raquel y la tiró por lo suelos. Parecía haberla dejado inconsciente. De hecho, él lo comprobó. Luego, se escondió detrás de una papelera para ver lo que sucedía. La pareja seguía discutiendo. No se habían percatado de nada, y el chico, estaba tan enojado que la pegó y se fue abandonándola entre un mar de lagrimas.

En ese momento, aquél hombre misterioso, salió con gran rapidez y sacó un cuchillo para atacar a la chica.

Ella se percató de su presencia, e inútilmente intentó huir. En pocos segundos la tuvo en su poder. La víctima gritó auxilio desesperadamente. Luchaba por su vida, y Raquel, con una fuerza inusitada, se levantó y corrió para salvarla.

Entonces intervino la policía. Salieron más de una decena de agentes por todos lados, y entre ellos, estaba Juan. Todos apuntaban con sus pistolas al asesino, mientras él se ocupaba de Raquel. Con la ayuda del doctor la pudo detener y la despertaron sin que para ella significara ningún percance físico.

El hombre amenazó con matar a la chica si se acercaban más a su posición.

Parecía imposible quitarle el dominio de la escena, pero Raquel, al volver al mundo real, reconoció la figura de ese salvaje.

-¡Papa! – gritó sorprendida al verle.

Efectivamente era su padre. Todos se lo temían. El doctor les había hablado de esa posibilidad, y esa misma tarde, se habían interesado sobre su situación en la prisión. Ya hacía medio año que se había escapado, y nadie se había interesado por él. Era un preso más al que capturar, y por lejanía de la cárcel, ya que ésta estaba situada a la otra punta del país, nadie pensó que estuviera rondando por esa zona.

Al ver que estaba despierta, que había salido del estado de sonambulismo, perdió su compostura y su concentración y se le cayó el cuchillo al suelo. El ruido del objeto impactando en el cemento le percató de la pérdida y quiso recuperar el arma homicida para volver a tener el control, pero uno de los agentes aprovechó la circunstancia y le disparó un tiro certero en el corazón que lo dejó fulminado en el instante.

Raquel corrió hacia la posición de conflicto, pero lejos de interesarse por su padre, abrazó a la chica y lloró junto a ella durante un largo e intenso minuto.

Juan y el doctor se fueron aproximando lentamente. Raquel dejó la chica en manos de las asistencias sanitarias, y luego, se abrazó a los dos y les preguntó cómo lo habían intuido.

-Fue el doctor. – aclaró Juan.

-¿Ricardo?

-Verás... Me creí parte de tu confesión. Sabía que tu enfermedad te llevaba a estar en esas situaciones, pero no como asesina, sino para salvar a las chicas. Tú te pensabas que odiabas a tu madre, pero en realidad, no es así. Siempre la quisiste, se te nota cuando hablas de ella, y no era rabia lo que te desprendía su persona, sino pena. Entonces se me pasó por la cabeza la figura de tu padre. Él conocía tus episodios de sonambulismo. Y también sabía que los relacionaba con las peleas y el maltrato del hombre a la mujer. Él lo vivió en su propia casa, y por eso, te utilizó. Seguramente se escondía cada tarde en el garaje de tu bloque, y esperaba el momento justo para entrar en tu vehículo. Cuando estabas sonámbula era difícil por no decir imposible que te percataras de ello. Luego, te dejaba fuera de combate por unos minutos, y mataba a las chicas utilizando lo máximo posible tus herramientas de agente.

Guantes, cintas para coger muestras, limpiadores, etcétera... Por eso dejaba el lugar impecable, y por eso, siempre llegabas tarde y por la mañana recordabas las caras de las víctimas. El sonámbulo, cuando acaba o se ve incapaz de seguir en su misión, vuelve a su cama de forma natural y despierta sin recordar casi nada. Por eso me sorprendió que tuvieras tanta memoria de captación. El tuyo, es un caso que se sale un poco fuera de lo común. Tal vez, acentuado por las vivencias que venías arrastrando desde de la infancia.

-Asombroso... y en el primer caso, el de la chica en su piso, ¿mantuve alguna relación sexual con ella?

-No lo sé. Tal vez. Para demostrarle que los hombres no son tan necesarios. Puede que descubrieras que era bisexual y te sacrificaras por ella.

-Increíble...

-Cuando llamé a la comisaría y les dije que comprobaran dónde estaba tu padre, la respuesta me aseguró mi teoría. Al saber que se había escapado, ya no tenía ninguna duda.

-Muchas gracias Ricardo, muchas gracias...

Con gran emoción se abrazó a él. Por primera vez en su vida había encontrado a varias personas que de verdad se habían preocupado y habían creído en ella, y esa sensación, además de nueva, era fantástica.

Con el tiempo y el cariño de Juan, empezó a trazar un nuevo sendero que la conduciría a una nueva vida.

Raquel pidió perdón a las familias de las víctimas. Era un perdón poco valioso para ellas, pero no cesó de escribirlas durante mucho tiempo hasta lograr un cierto grado de comprensión.

También aprovechó su experiencia para escribir un libro sobre sus vivencias y su enfermedad, para que la gente que padecía trastornos similares a los suyos, pudiera tener una buena base donde apoyarse.

Para su sorpresa, Juan lo llevó a varias editoriales, y una de ellas, apostó por su publicación.

Las ventas fueron espectaculares. Miles de ejemplares vendidos y miles de euros recaudados. Raquel destinó todo su porcentaje a una fundación

que creo el doctor Ricardo y que apoyó con su colaboración desinteresada. Pasados unos meses, se casó con Juan y formó una familia junto a él, dedicándose a ser ama de casa y a cuidar de sus hijos. Un derecho que a ella le faltó y que ahora deseaba proporcionar. Una infancia feliz y rodeada de ternura y amor.

El autor



Joan Francesc Lino nace en Vilafranca del Penedès el 4 de diciembre de 1973. En el 1988 gana el primer premio literario de la escuela Sant Jeroni. En 1992 queda finalista del Milà i Fontanals, y en el año 1994 gana el primer concurso de narración Fuencarral (Madrid).

En 2002 publica su primera novela: "La Obra más deseada" en lengua castellana.

En 2004 publica su primera novela en lengua catalana: "La realitat d'un somni" (La realidad de un sueño), derechos que se queda la editorial Dux con el título de "Un món d'ensomni".

En el 2005 queda finalista del premio Jo escric.com de novela y cuento respectivamente, y gana el concurso de poetas de la escuela de Madrid.

En 2006 publica la novela "Una vida como cualquier otra" con la Editorial Luz de Luna y "La Obra más deseada terminada" (segunda parte) és finalista de un premio y está a la espera de recibir ofertas para ser publicada.

Ya en 2007 queda finalista el prestigioso premio de la Editorial Planeta (Ramon Llull) con la novela en lengua catalana "Escola d'assassins". También espera una oferta interesante para publicarla. Es miembro del CEDRO y de la AELC.